

LOS JÓVENES DEL NARCO EN CHILE, VÍCTIMAS Y VICTIMARIOS.
BUGANVILIA DE RODRIGO CORTÉS¹

NARCO YOUTH IN CHILE, VICTIMS AND VICTIMIZERS.
BUGANVILIA BY RODRIGO CORTÉS

Ainhoa Vásquez
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
ainhoavasquez@filos.unam.mx

RESUMEN

Buganvilia (2018) es la primera novela del escritor chileno Rodrigo Cortés, ganadora del Premio Revista de Libros de *El Mercurio*. Acorde con lo que ha ocurrido en las narcoficciones colombianas y mexicanas, en ella se presenta a los jóvenes como actores duales, es decir, como víctimas de un sistema social y económico que los ataca y margina, así como victimarios que utilizan la violencia contra sus pares como un modo de supervivencia ante estas inequidades. En este artículo propongo, valiéndome del concepto “juvenicidio” propuesto por José Manuel Valenzuela, que Cortés denuncia las diversas agresiones que viven niños y adolescentes en situación de marginalidad y pobreza en los barrios periféricos de Santiago. Esto lo lleva a construir un retrato de una sociedad degradada en la que se carece de gestos mínimos de empatía, solidaridad o estrategias comunitarias de resistencia, lo que da por resultado la imposibilidad de avanzar o escapar a estas condiciones precarias.

PALABRAS CLAVE: Novela Chilena, Juvenicidio, Microtráfico, Violencia, Marginalidad.

¹ Este artículo forma parte del proyecto de investigación Fondecyt N° 1220316 “El relato narcoandino: narrativas del narcotráfico en la Triple Frontera de Chile, Perú y Bolivia”, a cargo de Danilo Santos y del cual soy coinvestigadora.

ABSTRACT

Buganvilia (2018) is the first novel by the Chilean writer Rodrigo Cortés, winner of the *El Mercurio* Book Magazine Award. Similar to Colombian and Mexican narcofiction, in this book young people are presented as dual actors, i.e. as victims of a social and economic system that attacks and marginalizes them, as well as perpetrators who use violence against their peers. Using the concept of “*juvenicidio*” proposed by José Manuel Valenzuela, in this article I suggest that Cortés denounces the various aggressions experienced by children and adolescents in situations of marginalization and poverty, in the peripheral neighborhoods of Santiago. This leads him to construct the portrait of a degraded society in which minimal gestures of empathy, solidarity, community or strategies of resistance are lacking, which results in the impossibility of moving forward or escaping from these precarious conditions.

KEY WORDS: *Chilean Novel, Juvenicidio, Micro-Trafficking, Violence, Marginality.*

Recibido: 22 de septiembre de 2022.

Aceptado: 3 de noviembre de 2022.

INTRODUCCIÓN

La representación de los jóvenes como víctimas y victimarios en el contexto del narcotráfico ha sido frecuente en la literatura del narcotráfico tanto en México como en Colombia. Múltiples escritos ficcionales, testimoniales y de crónicas dan cuenta de la importancia de considerar las consecuencias del tráfico y el consumo en esta parte de la población. Dentro de esta variedad de productos que abordan a niños y adolescentes como parte de la industria criminal, la figura del sicario se ha impuesto como modelo favorito, ya que en él se congregan las diferentes motivaciones para ingresar en el narcomundo. Algunas de ellas son la supervivencia ante la falta de oportunidades, el gusto por el lujo, el deseo de ostentación y la necesidad de obtener dinero de manera rápida, así como la creencia de que se conseguirá una validación social mediante el temor que infunden, a la vez que un amparo en la pandilla masculina.

En Colombia, la imagen del niño y joven sicario incluso creó un subgénero literario que Héctor Abad Faciolince denominó la sicaresca antioqueña. Margarita Jácome y Óscar Osorio desarrollaron, posteriormente, algunas características de este personaje, con énfasis en la precariedad como víctima de un sistema social resquebrajado, pero como victimarios al tener en sus manos el poder de acabar con la vida de otros. En México fue el periodista Javier Valdés quien congregó en sus crónicas periodísticas, *Los morros del narco*, los testimonios de los adolescentes sicarios. Los relatos reflejaban la inequidad en cuanto a las condiciones sociales, económicas y educativas con las que nacían y que propiciaban que se enrolaran en las filas del crimen organizado. Esta dualidad entre víctimas y victimarios es la que ha predominado en la representación literaria y periodística de los jóvenes involucrados en el narcotráfico.

En el caso chileno los jóvenes también han adquirido un papel central en las narconarrativas, sin embargo, como el sicario no se encuentra en nuestro imaginario social no ha sido un personaje relevante². El sicario ha sido sustituido en Chile por microtraficantes y consumidores, aunque como en México y Colombia, se mantiene la posición dual en que se exhiben como víctimas de la exclusión y victimarios de su propia gente. Varias son las novelas chilenas que tienen como telón de fondo el narcotráfico y cuyos protagonistas son niños y adolescentes de las poblaciones santiaguinas que se representan como adictos y sujetos eminentemente violentos. Entre ellas encontramos *Los que sobran* de Mario Silva, *Hijo de traficante* de Carlos Leiva, *Corazón narco* de Benedicto Cerda y la novela que me interesa analizar: *Buganvilia* de Rodrigo Cortés Muñoz.

Buganvilia es la primera novela de Rodrigo Cortés y fue ganadora del 27° Premio Revista de Libros (2018) que entrega *El Mercurio*. Fue elogiada por su composición coral, así como por heredar el pesimismo del realismo social de la literatura chilena del siglo XIX y XX, con el que demuestra que el contexto de injusticia y marginalidad parece no haber cambiado nada en el último tiempo (Sáez). Esta novela también presenta aquella dualidad en la representación de los niños y jóvenes. Los jóvenes son expuestos como víctimas de lo que José Manuel Valenzuela denomina “juenicidio”, por cuanto la sociedad entera es responsable de sus muertes físicas y simbólicas, producto de un continuum de agresiones de todo tipo. A la vez se muestran como victimarios, pues las únicas alternativas que tienen para sobrevivir en estas condiciones son la evasión a través de las adicciones a sustancias ilícitas, así como el utilizar la violencia para resistir. Ello lleva inevitablemente a construir una novela que refleja una realidad descarnada, en la que no se encuentra salida posible a la descomposición social.

JUENICIDIO. NIÑOS Y JÓVENES VÍCTIMAS DE LA VIOLENCIA

Mientras la guerra contra el narcotráfico ha traído a escena, tanto en Colombia como en México, a los jóvenes como protagonistas de la violencia, en las novelas chilenas son las exclusiones y precariedades sociales las que han propiciado la asunción de los jóvenes como actores de los relatos. Por supuesto, el narcotráfico también es un telón de fondo ineludible, sin embargo, no lo es desde una industria donde ellos son parte del engranaje, sino desde la supervivencia. Los jóvenes de las novelas chilenas son principalmente consumidores y microtraficantes y ambas actividades son realizadas con fines de escape y/o como un medio para sobrevivir a las difíciles condiciones sociales que les ha tocado habitar.

² Salvo contadas excepciones, como es el caso de *La persistencia de la memoria* de Iván Ávila y algunos personajes de *Los que sobran* de Mario Silva.

El narcotráfico, así, es un asunto fundamental que contribuye a precarizar su vida, pero no es el único problema. Tal como ponen en relevancia María Alejandra Añez y Pablo Leonte para el caso de Venezuela, pero que refleja la situación de los jóvenes latinoamericanos en general, “en la modernidad los seres humanos –y en especial los jóvenes– son productores y consumidores de todo tipo de violencias en su vida cotidiana, como consecuencia de factores políticos, sociales, culturales, ideológicos y tecnológicos, que dibujan un panorama desalentador” (187). Dentro de estos factores que desatan la violencia podemos encontrar la exclusión, la discriminación, la vulnerabilidad, pues viven la incertidumbre laboral o la precariedad de trabajos flexibles y mal pagados que impide que visualicen una noción de futuro (Nateras y Valenzuela 10). Frente a ello lo único que importa es sobrevivir en el presente, aunque para cumplirlo deban recurrir a acciones ilegales.

Esto se ve acentuado en ciertos contextos sociales en los que, además, la situación de pobreza los orilla a una mayor exclusión. El espacio físico –extratextual pero como construcción diegética– se convierte en un factor determinante en las novelas sobre microtráfico chilenas y los personajes son reclusos en barrios marginales (Libuy). Ello profundiza su precaria condición al estar separados del centro urbano, ser constantemente criminalizados por su lugar de hábitat, tener menores oportunidades educativas de calidad y, como consecuencia, tener que buscar modos de supervivencia alternativos que pueden desembocar en la vida delictual. Como indica Tamara Ortega respecto a la población La Pintana, la cual, además, es constantemente representada en estas narcoficciones chilenas, se constituye como “barrios segregados al interior de la ciudad que reproducen las desigualdades socioeconómicas, puesto que, al ser excluidos, los pobres mantienen un contexto de pobreza y pares pobres, lo que reduce su margen de posibilidades, sus contactos y sus probabilidades de exposición a códigos, mensajes y conductas funcionales a una movilidad social ascendente” (243).

La población retratada en *Buganvilia*, en ese sentido, funciona como un gueto, un lugar excluido de la ciudad y sus oportunidades. Los pobladores manifiestan de manera constante el estar acostumbrados a las balaceras, los asesinatos, los robos, los gritos y las agresiones de todo tipo. Han interiorizado la violencia de tal modo que se reconocen entre ellos por ésta. Borja le comenta al psiquiatra que en la población todos andan armados y las utilizan a la menor provocación, sin que importe la vida del otro, “La gente en la población llega y cruza. No andan mirando si vienen o no autos. Porque si viene, es el huevón del auto el que tiene que frenar. Porque si no frena el que cruza la calle saca un revólver y mata al del auto; o si el que está cruzando muere, viene la familia y mata al huevón del auto” (Cortés 25). El ambiente es esencialmente violento y esas violencias se dan, tanto desde el exterior –agentes de gobierno, medios de comunicación, pandillas aledañas– como desde el mismo interior de la población –violencia intrafamiliar, entre grupos criminales y entre los mismos amigos que actúan con inconsciencia cuando están bajo los efectos de las drogas–. Jaime Sperberg y

Bárbara Happe denominan a este fenómeno como “violencia cotidiana” en los barrios de Santiago (49).

Quienes mayormente están expuestos a las conductas agresivas son los niños y jóvenes. En la novela de Rodrigo Cortés este abandono y precariedad parece ser un estigma desde que nacen, puesto que desde el inicio deben sobrevivir a la violencia intrafamiliar. Los padres son agresores, adictos, los abandonan o intentan asesinarlos, como en el caso de Nicole, la madre de Lloni, adicta a la pasta base y que lo tira en un basurero cuando el niño no tiene aún un año (Cortés 42). O la madre de Maikel que admite que nunca lo quiso y que su nacimiento fue el día más triste de su vida: “al niño yo no lo quise mirar como hasta el tercer día. Si me lo traían para que tomara teta y yo no lo miraba. Yo me ponía a llorar. Quería que me lo sacaran del frente” (Cortés 79). La identificación de Borja con los pobladores probablemente viene de esta violencia. Aunque es un joven abogado que se acerca a la población con el fin de realizar un voluntariado, su afinidad con ellos llega al extremo de sentirse parte de ese lugar, de sus historias y de la gente. Él, como todos estos niños, también reconoce haber vivido las agresiones de su padre “A los seis mi padre me dejó inconsciente de un solo golpe en el esternón” (Cortés 17). Es de esa vivencia compartida que es capaz de empatizar con ellos.

A la violencia intrafamiliar se suma la violencia que sufren por parte del Estado al convertir a la población en un gueto. El mismo lugar es en sí un espacio de exclusión, marginado y estigmatizado. Sólo Borja y, en menor medida, Maikel y Rodrigo, se mueven por otros sectores de Santiago, los demás personajes nacen, se desarrollan y mueren en el mismo sitio. Parece imposible tanto salir como entrar más que por segundos. El abandono estatal es completo. Los carabineros apenas aparecen en escena. Cuando Borja va decidido a asesinar a Jojota se señala que “Los carabineros no llegaban y nadie esperaba que lo hicieran” (Cortés 159). En algunas ocasiones, cuando sí lo hacen es de manera indolente, incluso, para burlarse de la violencia que existe en la población. Cuando son alertados por el asesinato del Lloni, la primera respuesta es indicar que debe ser un ajuste de cuentas. A ello se suma el hecho de que las ambulancias tampoco quieren ingresar a la población, por lo que, en el caso de la muerte de Lloni, deben detener a una camioneta que transporta verduras para llevar el cuerpo al hospital.

Tanto la policía como el Servicio Nacional de Menores se muestran como ineficientes e incapaces de contribuir a cambiar la situación de los pobladores. No sólo ante la muerte del Lloni, sino también durante toda su vida. Cuando el niño es abandonado por su madre las carabineras se lo entregan a una vecina, sin pedir siquiera los antecedentes. Luego envían a una asistente social del Sename para que aparente preocupación. El niño es abusado sexualmente por quien está encargada de velar por él y sufre desnutrición, sin embargo, ni siquiera eso es motivo de alerta por parte de los agentes estatales.

Las pacas llegaron y le entregaron el cabrito. Así como si nada. Como si fuera un cajón de manzana. Así que el Llonito se quedó con ella. Y de las pacas no se supo nunca más. De repente aparecía una asistente social del Sename. [...] Le decía a la hueona del Sename que quería mucho al Llonito [...] Y la hueona del Sename lo único que hacía era repartir y pegar unos folletos y afiches culiaos y escribir hueás en unas carpetas que traía [...] Por qué el cabrito seguía con la Marta si había que ser hueón para no darse cuenta que la Marta se estaba comiendo toda la comida y que el pobre cabro chico se estaba desnutriendo (Cortés 43).

Ni siquiera cuando una vecina intenta interferir por el niño y busca a la policía para que lo saque de ese hogar, hacen algo por el Lloni. La asistente social solamente reaparece cuando el joven es detenido por el robo a una farmacia y el asesinato al guardia. Aparece, no obstante, con la única intención de montar un espectáculo propicio para ella, pues miente en la televisión diciendo que el Estado le dio todas las posibilidades para salir adelante y pondera el trabajo que desempeña el Sename. La finalidad de esto es hacerse propaganda para ser electa como concejala en las próximas elecciones. Resulta muy claro que el Sename, como organismo de gobierno, es incapaz de ayudar a los menores y que, en cambio, sus funcionarias lo utilizan para alcanzar sus propios beneficios.

Esa violencia que sufren de parte de quienes debieran protegerlos se extiende a la violencia entre ellos mismos. Lejos de encontrar en la población un sentido de comunidad y resistencia conjunta a las inequidades y la exclusión, reproducen esa agresión entre sus pares. Borja le comenta al psiquiatra que ha sido apuñalado dos veces por la misma gente a la que intenta ayudar. El Lloni es asesinado por quienes en algún momento fueron su pandilla. Es baleado a quemarropa, sin importar que es de la misma población y que ha sufrido lo mismo que los jóvenes que lo violentan.

Todas estas dimensiones de la violencia que alcanzan a los personajes de la novela nos permiten asegurar que los jóvenes de la novela son víctimas de lo que Valenzuela ha denominado “juvenicidio”. Este concepto se entiende como múltiples formas de atentar contra la vida y la dignidad de los jóvenes, entre ellas la precariedad laboral, la exclusión de la vida pública, la estigmatización del Estado y los medios de comunicación, entre otras agresiones que pueden derivar en su muerte (Muñoz y Valenzuela 32). En palabras de Valenzuela:

El juvenicidio refiere al acto límite que arranca la vida de la persona, pero ese acto límite no surge del vacío, ni aparece de manera repentina como rayo sobre cielo sereno, sino que es producto y conclusión de diversas formas de precarización económica, social, cultural e identitaria de jóvenes que devienen prescindibles a partir de su situación social y sus repertorios de identidad. La precarización social y la desacreditación identitaria coloca a los jóvenes en

zonas sociales prescindibles, zonas de exclusión, zonas de vulnerabilidad, zonas criminalizadas, zonas de desecho, zonas precarias y zonas de muerte o necrozonas (65).

Frente a ello Valenzuela propone alternativas que permitirían contrarrestar los efectos de estas agresiones. La “biocultura” sería una forma de resistencia positiva que implicaría generar alianzas entre los pobladores que sufren las mismas inequidades.³ Una segunda resistencia, en cambio, sería combatir la violencia con evasión o con mayor violencia: “otros encontrarán sus opciones en la alteración de las percepciones mediante sustancias legales o ilegales, otros buscarán acceder al dispendio y consumo prometido a través de actividades ilegales e incursionarán en los espacios del narcomundo tratando de encontrar los satisfactores de consumo y poder que conlleva” (Valenzuela 75). Esta es la alternativa a la que mayormente recurren los jóvenes que se sienten excluidos y violentados. En muchos casos la unidad entre los pobladores no implica una comunión “biocultural” desde aspectos positivos sino que sobreviven mediante acciones ilegales como el robo o el consumo de drogas (Sperberg y Happe, 58; Jiménez 250; Reyes Quilodrán 3).

Reyes Quilodrán asegura que esta es una de las motivaciones principales que encuentran los jóvenes que delinquen. Frente a la violencia que sufren desde tantos ámbitos buscarán las formas de dejar de ser víctimas convirtiéndose en victimarios. El fin será acceder a los bienes materiales que se les ha negado y para conseguirlo los tomarán por la fuerza. Ello es bastante común en la representación que ha realizado la narcoliteratura de los jóvenes en Colombia y México. Danilo Santos, Ainhoa Vásquez e Ingrid Urgelles lo han trabajado como una constante a la que le llaman “estética traqueta” (15), en alusión al personaje del narco que es un mando medio y cuya única motivación es acceder a lujos que no tuvo en la niñez y que, por esto, quiere ostentarlos para demostrar poder.

En el caso de la novela de Rodrigo Cortés no tenemos ningún tipo de estrategia de biocultura. Lejos de ver a una comunidad unida, tenemos a una colectividad desmembrada. Sin embargo, tampoco tenemos una motivación para la violencia que causan, en el sentido, de que no tenemos como en Colombia y México una finalidad de adquisición de bienes, movilidad social o de ostentación. Lo que hay, en cambio, es mucha violencia por la violencia. No sabemos, por ejemplo, cuál es la verdadera

³ Valenzuela lo denomina “biocultura” y lo define como “conjunto de estrategias y políticas a favor de la vida. Son formas y praxis asociativas, grupales y comunitarias de resistencia a la bionecropolítica que luchan por abatir las zonas de precarización y muerte y por preservar la vida. La biocultura se conforma en la lucha por conquistar espacios de libertad” (100). Esta estrategia de resistencia comunitaria es similar a la que propone Rita Segato con el nombre de “contra-pedagogías de la crueldad” o Rossana Reguillo como “contra-máquinas”.

razón por la que Maikel es asesinado, sin embargo, lo que nos queda es la escena en que es agredido, pateado y golpeado con una botella en la cara. Tampoco sabemos por qué Maikel asesina al joven arquitecto, pues su justificación al momento de disparar es “por longi” (122) para luego ignorar “los restos del joven arquitecto esparcidos por el auto” (122). La estética traqueta es intercambiada por la estilística gore que también han identificado Santos, Vásquez y Urgelles en novelas mexicanas y colombianas.

Por estilística gore se entiende la representación explícita de la violencia, la puesta en escena de asesinatos y torturas atroces, un ejercicio de agresión sobre los cuerpos (Santos, Vásquez y Urgelles 10). A la vez, ésta se relaciona con una característica que Felipe Oliver asocia con la descomposición social. La exhibición de los cuerpos lesionados funcionaría como una metáfora de la sociedad desmembrada, tan podrida que es incapaz de generar resistencias positivas: “Cuerpo humano y cuerpo social, mismo significante que construye idéntico significado; una sociedad en decadencia, lacerada y atrapada en una espiral de destrucción” (26). Este es principalmente el caso de los jóvenes de *Buganvilia*. La resistencia se da en el escape de la realidad o en la violencia como modo de supervivencia. El único fin es evadirse, protegerse e intentar no ser asesinado.

DROGAS Y VIOLENCIA COMO RESISTENCIA ANTE LAS AGRESIONES

Una de las conductas que más se enfatizan en la novela es el consumo de drogas y alcohol como medio de evasión de la realidad. Todos los personajes son adictos, lo que deriva en que varios de ellos también sean microtraficantes para seguir costeando sus vicios. Solamente Juana ha logrado vencer su adicción y Borja lo recalca a lo largo del relato. Cuando la conoció ella tenía quince años, estaba embarazada de tres meses y aspiraba bencina junto a otros niños indigentes. Esta es una acción frecuente en los jóvenes de la población. Llóni y los niños que viven en la casona cercana al supermercado también pasan el día aspirando bencina o fumando pasta base.

Maikel, asimismo, es microtraficante, principalmente, por su adicción. Borja le comenta al psiquiatra que “Lo usan de burro. Maikel se vuela. Le da lo mismo que lo tomen preso. Está drogado la mayoría del tiempo” (Cortés 26-27). Esta es la explicación o justificación para la mayoría de las acciones negativas que emprende. Su violencia, descuido y también su vulnerabilidad refieren a esta condición de adicto. Lo mismo ocurre con personajes como Nicole y Patricio, consumidores de pasta base o Rodrigo, que es alcohólico.

Jiménez comenta que, para los adictos, la droga o el alcohol interfiere tanto con su capacidad para trabajar como para relacionarse con otros, “en la dependencia grave, los pensamientos y las actividades del adicto están dirigidas predominantemente a obtener y tomar la droga, llegando a un punto tal que el adicto puede manipular, mentir y robar para satisfacer su adicción” (251). Este es el caso de Maikel y de Patricio, sin

embargo, para los niños esto es diferente. Aunque muchos de ellos también son microtraficantes, lo que les sirve para adquirir dinero para seguir consumiendo, también hay primordialmente un sentido de resistencia a la violencia que viven. Los niños de la novela consumen para evadirse y olvidarse de las agresiones que han sufrido. Esto, sin embargo, ocasiona otras actividades delictivas, pues deben obtener las drogas de alguna forma. Muchos de ellos las obtienen mediante el robo.

Esta “salvación” por la enajenación que provoca la adicción debe solventarse con otra acción ilegal. Esta es el robo, que en el argot de la población se le denomina, justamente, “salvarse”. “Él venía a salvarse aquí a Bellavista. A veces caía preso, lo soltaban y volvía a encanar” (Cortés 92), le dice Rodrigo a Mercedes al hablar sobre Maikel. Esta actividad se da en diversos ámbitos, ya que pueden robarle tanto a desconocidos como a los mismos vecinos. Coherente con la guetización que se da en la novela, los personajes, atrapados en su espacio poblacional, cometen los robos habitualmente en este mismo lugar, sólo Maikel se aleja un poco para robar por Bellavista.

Según Sperberg y Happe, los delitos de la “criminalidad de la pobreza” (49) se producen con frecuencia en los mismos lugares donde se habita y consisten en robos en tiendas y asaltos callejeros. Muchas veces son espontáneos o esporádicos, pero en ellos hay utilización de la fuerza. La finalidad es reaccionar a la situación de pobreza y con ello “ganarse la vida” (49). Como indicaba anteriormente, sin embargo, en la novela el robo se explica en mayor grado por las adicciones, es decir, roban porque están drogados y para poder seguir consumiendo. Por esta razón, se roban entre los mismos vecinos. Lloni le roba a la señora Gloria, quien siempre trató de ayudarlo; roba en la farmacia, lo que propicia la muerte del guardia; así como le roba e intimida a gente inocente. A sus doce años lo apresan “Por un robo con pistolas y cuática. El Lloni, según los dueños, había encañonado a uno de los niños de la casa. Y le había dicho a la señora que se la iba a violar” (Cortés 47).

Otra resistencia negativa es el uso excesivo de la violencia física. Borja, el más ajeno a esa realidad, es quien mayormente intenta salvar a los otros usando este recurso. Cuando el Pato Luca, conviviente de Marta, echa a Maikel de su casa, Borja lo atropella y lo arrastra hasta que es aplastado por una reja: “empieza a avanzar con el Pato Luca en el suelo, y el Pato Luca trata de moverse hacia una reja y el tío mueve el auto y lo empieza a apretar contra la reja” (Cortés 46). Al momento en que la asistente social del Sename intenta candidatearse como concejala Borja la golpea en la cara. Borja utiliza las agresiones físicas como una manera de defender a quienes quiere, quienes, a la vez, lo protegen al no acusarlo a las autoridades. En esta tierra de nadie la impunidad es parte del entramado.

Y la impunidad también se demuestra en los asesinatos sin culpables y sin castigos. Borja, por ejemplo, le dispara a un policía sin consecuencias. En el caso del abogado, el asesinato se constituye en una forma de defensa tanto para él como para

quienes busca proteger. La motivación del delito es cuidar a los que quiere, como es el caso del disparo al carabinero. Le reconoce al psicólogo:

Le disparé porque no sabía lo que iba a ocurrir. El huevón del Maikel había dejado un mote con dos kilos de cocaína y una pistola en el negocio de Juana. Yo le había dicho al Maikel que nunca, pero nunca, hiciera esa estupidez [...] Usted no sabe cuánto costó sacar adelante ese negocio [...] Entonces, yo veo al paco. Y me di cuenta que era paco altiro [...] Y él viene al negocio. Y yo pensé, el paco sabe. Y si sabe, Juana se va a espantar. Va a ser ella quien le va a disparar (Cortés 23-24).

Esta acción se plantea como una forma de cuidado, de ternura frente a una persona a la que él ve como desvalida y que quiere proteger: “No lo pensé. Me dio miedo. Imaginar a Juana presa. A su hija sola” (25). Tal como se excusa Borja no es una acción premeditada, sino un arrebató frente al miedo de perderlas. Su intención primaria, impulsiva, es defender a Juana y a su hija Daniela. La misma defensa que lo hace, posteriormente, asesinar a Jojota cuando éste mata al Lucho. Borja cobra venganza asesinando a la esposa y al hermano del Jojota hasta terminar también con él. Esta decisión es un poco más premeditada que el asesinato anterior ya que cree que si deja vivo a alguno de la familia, podrán luego asesinar a Juana y a Daniela. De cualquier manera, la salvación y la protección, en el caso del actuar del abogado, pasa por ejercer violencia homicida.

En el caso de los jóvenes asesinos, en cambio, la violencia es bastante gratuita. Es entonces que podemos referir que se da una delincuencia (semi)profesional, por cuanto son actividades delictivas en que se predispone más a la violencia y son más calculadas y premeditadas, lo que conlleva también un mejor equipamiento con armas de fuego (Sperberg y Happe 50). Maikel, el Llóni y el Guatón Ema roban constantemente la tienda de Don Alfonso, sin importarles que están atracando a un vecino. En el tercer asalto Don Alfonso le dispara a Maikel, aunque sin intención de matarlo. Al contrario, el Guatón Ema descarga más de diez municiones sobre el locatario con la finalidad de acabar con su vida. Otro de los homicidios sin causa ni consecuencia es el del Llóni, asesinado por quienes fueron sus amigos y que escapan sin enfrentar la pena por el delito. También el del Maikel, a quien otros jóvenes agreden y tiran al Mapocho sin que nadie intervenga. Esto, según Valenzuela, también es parte del juvenicidio. Al no encontrarle un sentido a la vida y ser excluidos constantemente de las condiciones básicas para su supervivencia se impregna un sinsentido que los lleva a cometer actos violentos contra sus pares.

Las víctimas de este sistema desigual se terminan por convertir en victimarios y atacar a quienes están en la misma posición que ellos. En otras ocasiones se convierten en sus propios atacantes con el fin de escapar de la vida que llevan. La madre de Maikel es un ejemplo de esto, quien intenta ahorcarse con un alambre de cobre cuando nace

su hijo, producto de una violación. Pero también lo es Patricio, el Pato Luca, que se golpea frecuentemente la cabeza contra la muralla o se quema los brazos con cigarros. La violencia así se convierte en una forma negativa de proteger a los otros, de salvarse a uno mismo o de escaparse de la propia vida.

Estas estrategias violentas y resistencias desde las agresiones tienen que ver con lo que Valenzuela llama el “presentismo”. Al no ver un sentido de futuro todo lo que importa para los jóvenes es la supervivencia en el ahora o la huida de esa realidad que atormenta. La mayor estrategia de resistencia, por tanto, se constituye en el vivir el momento sin que importe nadie más que uno mismo y nada más que el disfrute o el escape inmediato:

El presentismo intenso refiere al abandono de la ruta de vida prefigurada para buscar atajos o caminos alternos conformados desde perspectivas ancladas al aquí y el ahora, en el disfrute de las opciones disponibles, en jugársela a pesar de los riesgos, en asumir que “la vida es corta y, además, no importa”, o que “más vale una hora de rey que una vida de buey”, frente a la condición inaccesible de los satisfactores apetecidos y la evanescencia del futuro como escenario de certezas (75).

Ante este panorama no resulta extraño que la novela carezca por completo de solidaridad, empatía, colectividad, así como de futuro. El hecho de que está narrada en una mezcla confusa de analepsis y prolepsis nos hace, como lectores, poner mayor atención a los detalles del tiempo que, sin embargo, nos indica muy pronto y como única certeza que ya casi todos los personajes están muertos. La falta de gestos de ternura refuerza la soledad de los personajes y su inevitable destino de una muerte también en soledad e impunidad.

Algunos momentos en que podemos ver una cuota de empatía y cariño generalmente se dan cuando ya es demasiado tarde. Rodrigo ve como golpean y tiran al río a Maikel, incluso piensa en ayudarlo, pero se arrepiente porque se da cuenta de que son muchos jóvenes quienes lo golpean y que, además, están drogados. El gesto amable viene cuando el cadáver de Maikel ya ha sido lanzado al río y Rodrigo lo busca para poder enterrarlo, “Mercedes, acercándose, pudo ver cómo Rodrigo desvestía el cadáver y le limpiaba con esa misma ropa la sangre del rostro. La camisa, luego los pantalones, la ropa interior y los calcetines” (Cortés 88). Lo saca del agua, lo limpia y recorre Santiago para darle un entierro digno. El mismo Rodrigo se mantiene indolente cuando ve que van tras Lloni disparándole, pero tampoco interviene en ese hecho. Cuando dejan el cuerpo del joven tirado, sin embargo, se acerca, se saca su parka, le cubre el cuerpo y le cierra los ojos. Es entonces que descubre que es su hijo. También acá el gesto de humanidad llega tarde, pues sabemos que abandonó a su hijo al poco tiempo de nacido. Le pide perdón cuando Lloni ya está muerto.

Borja es el único que realiza acciones más concretas para intentar ayudar a los jóvenes. A Lloni quiere sacarlo de su adicción y lo lleva a un centro de rehabilitación en Quillota. Incluso le arrienda un departamento a Marta para que esté cerca del niño, pero ella no se acostumbra y vuelve a la población después de un mes para seguir revendiendo los celulares que roba. Lloni también regresa a Santiago para seguir robando y drogándose: “Ese tío le dio todas las oportunidades. Lo metió a un colegio y a la comunidad terapéutica. Era muy mentiroso el Lloni. Igual que la Marta. Empezó a robar aquí. A los vecinos” (46). Las intenciones de Borja se quedan en eso, pues no es capaz de ayudar realmente a nadie. Todo lo que parece ir por buen camino termina en tragedia, como cuando le compra unos audífonos al vecino para que la música no interfiera con la lectura de Daniela. Al hombre lo matan y le roban los audífonos.

En ese sentido disiento con la interpretación que ha hecho Paula Libuy de la novela, quien considera que “a pesar de que la población de Buganvilia pueda ser percibida como un espacio de la desesperanza, logra contener escenas de amor. Aquí entra la relación de Rodrigo y Mercedes, relación más de supervivencia que de amor como tal, pero que recupera la noción de que la pobla puede ser un espacio que suscite experiencias alejadas de la violencia” (44). La desesperanza prima por completo en la novela de Cortés, pues, tal como Libuy reconoce no hay gestos de amor sino de supervivencia. La historia de Rodrigo y Mercedes, por seguir con este ejemplo, culmina cuando él es ingresado al hospital y ella nunca más aparece, “Ella no volvió. Los primeros días, cuando llegaban las doce y luego las cuatro de la tarde, él pasaba el horario de visitas mirando la puerta. Al tercer día dejó de hacerlo” (Cortés 38).

Las mismas relaciones son frugales, no existe el amor como tal sino una compañía momentánea que puede evaporarse de forma muy rápida. Otro ejemplo de estas relaciones pasajeras y sin compromiso es la que sostiene la madre de Maikel con la Mono, pues, aunque reconoce que nunca fue más feliz que cuando estuvieron juntas, la Mono se aleja apenas se entera de que ella está embarazada. No importa la violencia que la Luismi haya vivido producto de la violación, lo que importa para la pareja es que ella ha quedado embarazada y por eso la abandona. El presentismo no permite pensar a futuro, tampoco sentir amor de verdad.

Esto es coherente con los estudios que han realizado académicos como Sperberg y Happe, así como Ortega, quienes han concluido que en las poblaciones latinoamericanas no existen estrategias fuertes para organizarse ante la violencia y que no existen lazos de cohesión entre los habitantes de un mismo barrio. Al contrario, prima la desorganización y la fragmentación porque más que solidaridad hay sentido de territorialidad. Los vínculos que se forman son esporádicos e instrumentales, sirven efectivamente para sobrevivir, pero por ello son superfluos e inconstantes. En cualquier momento un amigo puede convertirse en enemigo si se lucha por un territorio o si el amigo logra algo que el otro no posee y quiere.

Esto mismo es lo que le hace ver el psiquiatra a Borja respecto a Maikel. Si bien Borja insiste en protegerlo a él, a Juana y a Daniela, Maikel no lo ve como un amigo. Maikel puede ver a Borja como alguien que lo invalida, por ello lo pone en riesgo. No es una relación de amistad entre pares sino una bomba de tiempo que terminará por perjudicar a ambos:

Te puso en riesgo a ti. De hecho, le disparaste a un carabinero y no sabes si lo mataste. Maikel te puso una trampa. No estoy hablando de una planificación premeditada, pero es posible representar que Maikel sienta de manera inconsciente que tú le haces daño. Es probable que agradezca tu ayuda, y que nadie en su vida haya hecho cosas como las que tú has hecho por él y su familia, pero no sé si te das cuenta. Tu presencia es muy castradora e invalidante de su persona (28).

La falta de empatía, solidaridad y de lazos duraderos nos remite, nuevamente, a la idea de Felipe Oliver respecto a la desintegración de la sociedad producto de las inequidades sociales y del narcotráfico. En la novela esto se lleva al extremo por cuanto no hay nada que los personajes puedan hacer para salvarse o salvar a otros. El amor no existe más que como supervivencia momentánea y resulta imposible pensar en un futuro. Habría en *Buganvilia* una suerte de regreso al naturalismo en el que los personajes están determinados a seguir siendo delincuentes o a morir. Como dice Paula Libuy, esto es extensivo a todos: “Por más dinero y contactos que pudo traer consigo Borja, el neodeterminismo espacial es contundente: una vez que te asientas en la pobla, ya no puedes salir a menos que sea en frío y con las piernas por delante” (44). Incluso Borja, que es voluntario y no vive en el lugar, termina contaminado. Esta idea es reafirmada por Juan Pablo Sáez, quien indica,

La temática central de *Buganvilia* es la desesperanza social, entendida aquí no como la tragedia humana dentro de la cual se perfila una salida —siguiendo el modelo del *self made man*, el niño o niña que logra escapar de la extrema pobreza *haciéndose a sí mismo*, cual futbolista o rapero exitoso—, sino como la inevitabilidad del destino infausto al que condena a los más pobres el modelo socioeconómico de turno. Este destino en particular es visto por el autor como una fuerza exógena, indomable, que arrastra a quienes habitan la periferia de la sociedad a un final ineludible: en el mejor de los casos, la muerte, y en el peor de ellos la cárcel, en el entendido de que esta última alternativa supone una reedición constante del hilo trágico (“*Buganvilia* de Rodrigo Cortés”).

CONCLUSIONES

Rodrigo Cortés construye en su novela una población excluida, marginalizada y estigmatizada, reflejo de la realidad extradiegética. Desde el presente del relato todos los personajes ya están muertos, la violencia es lo que permea cualquier relación humana y la adicción es una forma de evadirse de esa situación que agobia. Este discurso es reforzado constantemente por los personajes que insisten en criminalizar el lugar que habitan: “aquí todos los cabritos cuando nacen buenos para salvarse están cagados. Así mueren. Y de cabritos. Si no llegan a los treinta vivos. O presos o muertos. Así es la vida acá. Para qué vamos a estar con hueás” (Cortés 47).

La idea de la buganvilia, que entre más sufrida más florida (Cortés 76) no es en sí una representación de los personajes. Niños y jóvenes sólo sufren sin florecer, para cualquiera lo único que queda es soportar las agresiones a través de las adicciones y con más violencia. Estar atentos a la muerte que llega pronto. En un espacio como este no hay lugar para que puedan florecer cosas buenas, al contrario, todo está permeado por más violencia, incluso para quienes vienen de afuera como Borja o para aquellos que por circunstancias especiales deben habitar ese espacio, como el caso del carabinero asesinado por el abogado, que solamente buscaba una ensalada. En esa dirección, la novela representa ese espacio como una tierra de nadie, donde cualquiera puede ser *homo sacer* en el sentido de Agamben, sacrificable sin que constituya delito (Muñoz y Valenzuela 43) porque la impunidad es lo que prima. Más que la metáfora de la buganvilia la que decreta es la cita final de Jeremías: “Es Raquel que llora por sus hijos y no quiere que la consuelen, porque ya están muertos” (Cortés 164) o como dice Libuy es “la muerte la única forma de escapar de este espacio imaginado” (42).

Este determinismo al que refiere Paula Libuy o el presentismo, en palabras de Valenzuela, impide que los personajes encuentren formas positivas de resistencia ante la violencia que viven. Los gestos de ternura llegan con retraso y en ningún momento impiden que la conclusión para todos sea la muerte. Vemos en esta novela la degradación social en su máxima expresión, la descomposición absoluta de jóvenes expuestos al juvenicidio, tanto simbólico como físico, pues el resultado de muerte es consecuencia de muchas formas de atentar contra su calidad de vida, tales como la precariedad laboral, la exclusión de la vida pública, la segregación en espacios marginales, entre otras agresiones más directas como la violencia intrafamiliar y la violencia entre pares.

Buganvilia, de esta forma, recuperaría el pesimismo del realismo social de la novela chilena del siglo XIX y XX, como indica Sáez, y denunciaría las condiciones extremas de marginalidad de los jóvenes chilenos que habitan la periferia de Santiago, tal como el autor expresa que fue su objetivo en una entrevista a Pedro Pablo Guerrero. La novela muestra las injusticias del sistema económico y social chileno que afecta, principalmente, a los jóvenes y niños pobres que habitan las poblaciones de Santiago, de modo que la realidad extratextual se empalma con la construcción diegética. Ello

nos lleva a una última consideración final respecto a este espejo social-literario. El juvenicidio simbólico, para Valenzuela, también es propiciado muchas veces por las mismas ficciones, ya que, al enfatizar en la violencia y drogadicción como únicas alternativas para subsistir se tiende a marcar a los jóvenes como sujetos eminentemente agresivos y criminales, incapaces de escapar de su rol de victimarios. Rescatar o imaginar también resistencias bioculturales, en cambio, puede servir para deconstruir este estigma y contribuir a mirar desde otra perspectiva a las jóvenes víctimas que constantemente luchan por salir de esta realidad que los agobia.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad Faciolince, Héctor. “Estética y narcotráfico”. *Número*, núm. 7 (1995): vi-vii.
- Añez, María Alejandra y Pablo Leonte. “Los jóvenes víctimas y victimarios de la violencia delincencial”. *Interacciones y perspectiva*, vol. 3, núm. 2 (2013): 185-197.
- Ávila, Iván. *La persistencia de la memoria*. Santiago: Aguja literaria, 2021.
- Cerda, Benedicto. *Corazón narco*. Santiago: La Cáfila, 2008.
- Cortés, Rodrigo. *Buganvilia*. Santiago: Ediciones El Mercurio, 2018.
- Guerrero, Pedro Pablo. “Rodrigo Cortés: la historia de dolor y violencia que lo convirtió en ganador”. *Economía y negocios*, 23 de diciembre de 2018, <http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=532349>
- Jácome, Margarita. *La novela sicaresca: Exploraciones ficcionales de la criminalidad juvenil del narcotráfico*. University of Iowa, Tesis Doctoral, 2006.
- Jiménez, René. “La delincuencia juvenil: fenómeno de la sociedad actual”. *Papeles de Población*, vol. 11, núm. 43 (2005): 215-261.
- Leiva, Carlos. *Hijo de traficante*. Valparaíso: Caronte, 2015.
- Libuy, Paula. *Tierra seca. Una cartografía narcoliteraria de Chile*. Pontificia Universidad Católica de Chile, Tesis Maestría, 2021.
- Muñoz, Germán y José Manuel Valenzuela. “Juvenicidio. Las vidas precarias de jóvenes en América Latina”. *JOVENes. Revista de Estudios Sobre Juventud*, núm. 35 (2020): 25-48.
- Nateras, Alfredo y José Manuel Valenzuela. “Rostros y tesoros de las violencias contra las juventudes”. *JOVENes. Revista de Estudios Sobre Juventud*, núm. 35 (2020): 9-22.
- Oliver, Felipe. *Apuntes para una poética de la narcoliteratura*. Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2013.
- Ortega, Tamara. “Criminalización y concentración de la pobreza urbana en barrios segregados. Síntomas de guetización en La Pintana, Santiago de Chile”. *Eure*, vol. 40, núm. 120 (2014): 241-263.
- Osorio, Oscar. “La “sicaresca”: de la agudeza verbal al prejuicio crítico”. *Poligramas*, núm. 41 (2015): 75-96.
- Reguillo, Rossana. *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*. Tlaquepaque: Iteso, 2021.

- Reyes Quilodrán, Claudia. “¿Por qué las adolescentes chilenas delinquen?”. *Política criminal*, vol. 9, núm. 17 (2014): 1-26.
- Sáez, Juan Pablo. “*Buganvilia* de Rodrigo Cortés: La sangre y la des-esperanza”. *Cine y Literatura*, 9 de mayo de 2019: <https://www.cineyliteratura.cl/buganvilia-de-rodrigo-cortes-la-sangre-y-la-des-esperanza/>
- Santos, Danilo, Ainhoa Vásquez e Ingrid Urgelles. “Lo narco como modelo cultural. Una apropiación transcontinental”. *Mitologías Hoy*, núm. 14 (2016): 9-23.
- Segato, Rita. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo, 2018.
- Silva, Mario. *Los que sobran*. Santiago: Tamar, 2007.
- Sperberg, Jaime y Barbara Happe. “Violencia y delincuencia en barrios pobres de Santiago de Chile y Río de Janeiro”. *Nueva Sociedad*, núm. 169 (2000): 44-60.
- Valdés, Javier. *Los morros del narco*. Ciudad de México: Aguilar, 2007.
- Valenzuela, José Manuel. *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. Bielefeld: Bielefeld University Press, 2019.